

JUANJO MONRABAL

LA CAJA DE JUGUETES



Nuestros complejos son la fuente de nuestra debilidad; pero con frecuencia, son también la fuente de nuestra fuerza.

Sigmund Freud

I

Julia permanece en silencio, sentada frente a mí, esperando una respuesta. Viste su bata blanca del Hospital y unos pantalones de hombre. Nunca ha sonreído demasiado y, aunque solo me lo insinuara una vez, sigue enamorada de mí.

—¿Seguro qué quieres hacerlo? —me pregunta.

—Hace frío aquí.

—Necesito saber que lo entiendes todo.

Su voz suena segura. Siempre ha sido así.

—No hay nada que entender, Julia, ¿crees que no conozco las consecuencias?

Mi respuesta parece convencerla y, por un momento, vuelve a mirarme como la amiga que es y no como mi psiquiatra.

—Estaré contigo todo el tiempo.

—Tenía que haber encendido la calefacción. Te vas a quedar helada.

—No digas tonterías, estoy bien. Voy a contar hasta diez. Deja que la imagen se abra paso a través de tu mente... no bloques tus pensamientos... siete, seis... no intentes hablar ahora... estaré contigo, a tu lado... tres, dos, uno... pronto encontrarás tu caja de juguetes.

II

Mi madre apenas recordaba nada. Quién era ella, yo, su vida. Cada mañana amanecía en una época diferente. Hacía unas semanas canturreaba una canción que le enseñó su madre, la abuela María, cuando bajaban a lavar la ropa al río. Entonces tenía cuatro o cinco años y la abuela le había chillado por mojarse el vestido al frotar la ropa. No entendía que sus hermanos nunca bajaran al río, ni barrieran la casa, ni cocinaran.

Tenía las rodillas duras, encostradas de fregar el suelo de los cuartos. Las cosas eran así. Sus hermanos tenían que traer dinero tras morir el abuelo: Rafa, el mayor, repartiendo leche. Pedro en la fábrica, con los paquetes. Manolo con don Fernando, el practicante del pueblo, aunque no le gustaran las inyecciones y volviera la cara cuando la aguja atravesaba la piel.

Tampoco había tiempo para ir a la escuela, excepto los viernes, cuando D. Fermín les enseñaba a leer y a escribir. Al menos lo intentaba el viejo cura, pero mi madre no quería aprender. Tenía frío y se quedaba cerca de la estufa que había en clase.

Mi madre también cuidaba a Julio, su hermano pequeño, mientras la abuela María se marchaba a servir a una casa cercana. Cuando lloraba mucho, le cantaba, le paseaba por el largo pasillo de la casa y, si no conseguía que estuviera tranquilo, le pegaba en los brazos y en el culo. Después preparaba la comida para que todo estuviera listo cuando su madre regresara. La abuela María apenas tenía tiempo para comer, cambiarse de ropa y marcharse a limpiar al teatro del pueblo. Todavía la

recuerda maldecir por los dulces pegados a los asientos y sus manos arrugadas, de tanto frotar con agua caliente y jabón.

Aquella noche observaba a mi madre, como tantas otras, desde el sofá de la habitación, junto a la ventana. Escuchaba su ir y venir y aprovechaba los momentos en los que dormía, para pensar en los pacientes que ya no me dejaban atender. Los que traje de vuelta y los que no quisieron hacerlo. En Víctor y Ana. En Catalina y papá. En Elisa.

A mi madre nunca le había tratado como a una paciente. No le daba consejos, ni pensaba en el diagnóstico, ni tomaba notas en uno de mis cuadernos de tapas rojas, sobre su evolución o su decadencia. Su Alzheimer no era producto de un trauma, un accidente, un suceso importante que hubiera borrado todo. Solo se había hecho mayor y la enfermedad, en fase avanzada, se había encargado de la degeneración de las células nerviosas de su cerebro y de la disminución de su masa cerebral. Puentes que antes estaban y que se iban destruyendo uno a uno. A ella no podía curarla, como al resto, aunque a veces quisiera hacerlo y otras deseara su muerte.

En eso consistía mi trabajo como psiquiatra antes de que me suspendieran para ejercerlo, pocas semanas atrás. La parte más importante: traer a la gente de vuelta, allá donde estuvieran, a través del Proceso. La terapia que yo mismo cree. Rescatarlos del limbo al que sus mentes les habían llevado. Recuperarlos a través de las palabras, de la hipnosis, de los pocos recuerdos que todavía conservaran intactos. Anclar una cuerda a ambos lados y tirar con fuerza, para que encontraran el camino de nuevo. Casos complicados. Niños y jóvenes, en general, más propensos a la hipnosis. Con margen para recuperar sus vidas y que fueran felices. No me gustaba atender a la gente mayor. Las secuelas que arrastramos por vivir: la tristeza, la apatía, la depresión. Sueños incumplidos, que antes o después regresan para martirizarnos.

Comprobé que la medicación caía adecuadamente del gotero y, a los pocos minutos, mi madre comenzó a respirar más tranquila, con su mente descansando por fin, sin engaños ni brumas en el horizonte. Era extraño contemplarla así, aparentemente en paz, dormida. Ya entonces tenía el cuerpo hinchado, los brazos, las piernas, la cara. Parecía mucho más vieja de lo que en realidad era. No había tenido una vida fácil y tampoco nos la había proporcionado a nosotros: su marido y sus hijos.

Al principio, cuando la idea de ser médico no merodeaba aun mi cabeza, solo buscaba entender las cosas: a mí mismo, a mi familia. El motivo de sus actos, la sonrisa triste de papá, el odio de mi madre. O tal vez sentía curiosidad por otras personas. Conviví con muchas durante mi infancia, en la pensión que mis padres tenían junto al embalse, en la entrada de Retama, mi pueblo. Viajeros de paso, comerciantes que iban y venían de la ciudad, trabajadores de temporada, que los fines de semana regresaban a sus hogares. Personajes variopintos, la mayoría humildes, a los que mi madre cuidaba más que a sus propios hijos y papá divertía contándoles historias, o llevándoselos, a escondidas, a tomar un vaso de vino a la bodega del pueblo. A mí me gustaba estar con ellos durante la cena, que compartíamos en el comedor común. Escuchar sus charlas. Más adelante, los motivos por los que reían o padecían. Entender los miedos, las sombras que ya entonces no me permitían dormir de noche, aquejado de un temprano e irreversible insomnio, que arrastraré toda mi vida. Fue papá quien me regalo la linterna azul metálica, que todavía conservo, para que supiera que nada malo ocurría a mi alrededor, ni debajo de la cama, ni dentro del armario, ni tras la puerta. Pero el miedo siguió ahí por un tiempo, por más que alumbrara las paredes, las vigas de madera que atravesaban el techo, el suelo en busca de referencias a las que agarrarme para estar tranquilo.

Mi madre se había roto la cadera varias semanas atrás. Por el día la cuidaba Rosa, mi hermana. Lo había hecho siempre. Antes, incluso, de que tuviéramos noticias del Alzheimer. Primero en la pensión, cuando se quedaron solas, al irnos los hombres de la familia casi al mismo tiempo y por diferentes caminos. Después, en la casa a la que se mudaron en Madrid, tras dejar Retama. Y las últimas semanas, en la habitación del Hospital a la que permanecía atada, a la espera de su muerte. Nunca le quise preguntar los motivos que le habían llevado a sacrificar su vida para cuidar a mi madre: si por su responsabilidad como hija o por no tener algo real a lo que renunciar.

Yo llegaba al caer el sol y obligaba a mi hermana para que se marchara a descansar. Entonces me sentaba en el sofá, junto a la ventana y escuchaba a mi madre: sus épocas pasadas, sus secretos. Cuando hablaba de nosotros, su familia, contrastaba con mis recuerdos las escenas que su mente le hacía revivir, pero sin inmiscuirme, sin juzgarla, al menos en voz alta, para que fuera y volviera libre, desde el pasado al presente, en el que estaba perdida. Todo lo demás lo iba olvidando: comer, vestirse, ir al baño. Y solo el sueño o su agotamiento, parecían devolverle algo de tranquilidad.

Pero el pasado lo recordaba bien, como si todavía estuviera allí: la ropa de lana que le irritaba el cuello; el frío en casa, que le hacía frotarse las manos; el olor del aceite caliente, la leña apilada junto al hogar. En sus pensamientos aparecía a menudo su padre. Cuánto echaba de menos sus pasos cansados, desde el cuarto a la cocina, al marcharse temprano a la fábrica. Entonces ya estaba enfermo y tosía y exhalaba como si no hubiera suficiente aire en toda la casa para llenar sus pulmones. Hablar de su padre la entristecía, a pesar de que habían pasado más de setenta años desde que muriera y, por un momento, guardaba silencio y se le humedecían los ojos, cada vez menos azules.

Y giraba la cabeza hacia la única ventana de la habitación, sin percatarse de mi presencia, lanzando la mirada hacia un punto indeterminado, infinito, que yo no era capaz de seguir. Después gemía. Gemía de dolor cuando intentaba cambiar de postura y maldecía su cadera, hasta que cerraba los ojos y volvía a dormirse. Aquella noche se despertó muchas veces por el dolor, pero también por sus nervios. La tarea cada vez más difícil de recordar hacía mella en su carácter, ya de por sí insoportable. También la proximidad de la muerte. Una vieja compañera que más pronto que tarde, habría de visitarla.

Volví entonces a la carta que descansaba sobre mis rodillas. La había comenzado unos meses atrás, sin saber si llegaría a terminarla o entregársela a su destinataria. Ya nada de eso tenía sentido, tras su fallecimiento. Una carta para Ana, mi mujer: *“...Nunca se me dio bien hablar de mí mismo, de mis sentimientos. Supongo que no me parecía importante o no quería hacerlo. Y ahora que te he fallado, que me he fallado, tengo la sensación de que no seremos capaces de perdonarme.*

Últimamente sueño contigo. Lo hago todas las noches: estás de pie, en la cocina, recogíendote el pelo para hacerte una coleta, descalza, con unos pantalones anchos de color gris y una camisa demasiado grande, que no recordaba haber visto.

Pero pareces triste. Demasiado triste, a pesar de que sonríes al verme. Quizá lo estés porque eches de menos tu vida, una parte de ella. A nuestro hijo...

Pero ahora estoy bien. Ya estoy bien después de hablar contigo y decirte la verdad. Sé que puedes ser feliz, volver del lugar al que te has marchado. Yo también necesito volver y olvidar...”

—Va a llover —me dijo mi madre, con los ojos todavía cerrados, rompiendo el ritmo de mi lectura. No podía estar seguro de que supiera con quién hablaba.

—No creo. Se ven las estrellas —le contesté, reclinándome hacia atrás, observando a través de la ventana.

—Va a llover —insistió—. Lo sé. Huele a tierra húmeda.

Su voz sonaba débil, adormilada, el cuerpo de espaldas a la ventana, a excepción del rostro, sin cambiar de postura.

—Me decías lo mismo cuando era pequeño —le dije sonriendo—. Y me enfadaba porque me obligabas a ponerme el abrigo y los zapatos viejos, aunque hiciera calor.

—¿Y no llovía acaso luego?

—A veces, madre. Pero solo a veces.

—En casa de mis padres llovía siempre.

—¿Te duele menos la cadera? —le pregunté, levantándome del sofá y sentándome al borde de su cama, despacio, desde donde podía observar mejor su cara. Ella también parecía triste, como “la Ana” de mis sueños. No le gustaba volver al presente y verse así: enferma, dolorida, hinchada y junto a mí: el hijo que menos había querido. Yo intentaba que hablara para que no volviera tan deprisa al pasado, donde se sentía más segura, más feliz. Necesitaba valorar su estado mental antes de que desapareciera. Cada vez pasaba más tiempo navegando por su mente. Un mar salado que cicatrizaba sus heridas. No podía forzarla a hablar. Estaba cansada y la medicación era más fuerte por la noche para que pudiera descansar, sin dolor. Ni tampoco sé si quería hacerlo. No sentía amor por ella, quizá cariño o comprensión, con el paso de los años, aunque nunca se lo hubiera confesado. Pero amor no. No podría sentirlo jamás.

De joven disfrutaba mucho con mi profesión. Y además se me daba bien. Algunos me consideraban el mejor. Cada persona, cada paciente, suponían un reto. Una historia sin concluir. Era yo quien podía proporcionarles un final. Un final feliz que aclarara sus vidas. Que les permitiera seguir adelante.

—¿Qué estabas leyendo? —me preguntó mi madre, aún con los ojos cerrados y un feo gesto de tensión, al intentar cambiar de postura.

—¿Leyendo?

—Mientras dormía. Recitabas algo.

—Solo una carta para... Es igual. Una tontería que escribí —le dije mientras me acercaba de nuevo a la ventana.

—¿Podrías seguir leyéndola? —me preguntó arropándose con la sábana que cubría su cuerpo grueso, dejando descubierta una de sus piernas, con la piel arrugada y seca, como si estuviera sucia—. Me ayudará a dormir mejor —me dijo en un susurro y al momento empezó de nuevo a respirar profundamente.

Improvisé, junto a la ventana, unos pocos versos que no significaban nada, que no escondían nada, más que un tono poético que acompañaba a mi madre en su vigilia, negándome a volver a la carta que no se había separado de mi mano derecha, con los pliegues a punto de desquebrajarse de tanto abrirla y cerrarla. Unos versos que también me tranquilizaban, lejos de los del papel, de las frases escritas que acompañaban mi caída. Sí, yo también sentía la vida diluirse esa noche silenciosa. Tan poco distinta a las otras. Cayendo sobre el Hospital sin darnos cuenta. Engulléndonos.

Había tantas cosas que me habría gustado cambiar. Tantas que me asediaban. Recuerdos encerrados durante años, que los acontecimientos de los últimos meses habían devuelto a mi vida, abriendo las puertas que juré mantener cerradas, sin luz, sin aire que las alimentara. Golpeaban para salir, escapar libres, recordarme quién era, de dónde venía, a quiénes había perdido. Mis errores. Julia, mi compañera en el Hospital, había empezado a ayudarme para traerlos de vuelta. Desenterrar por fin a los fantasmas.

Permanecí de pie en el mismo sitio, junto a la ventana, resguardado en la oscuridad y en el silencio del cuarto. Quizá el único rincón en el que me sentía tranquilo. Pronto la pierna derecha volvería a dolerme y querría regresar al sofá. El mismo dolor desde niño. Agujas diminutas clavándose alternativamente a lo largo del muslo, ganando intensidad, hasta contraerse. Siempre había sido así. Un rasgo de nacimiento que me obligaba a cojear.

A media noche la enfermera entró sin llamar. Siempre a la misma hora, los mismos turnos. Comprobó si mi madre se había dormido, el goteo de la medicación, su temperatura, apoyando levemente una mano sobre su frente. Después cogió la cuña del armario y la puso junto a su cama. Al darse la vuelta, me miró como si hubiera olvidado que yo también seguía allí. “Buenas noches, Doctor” fue cuanto me dijo, intentando disimular su sobresalto. Era más mayor que yo y todos sus movimientos mecánicos parecían ajenos a ella. Me gustaba más su compañera, la enfermera joven que llegaba antes del amanecer: le hablaba a mi madre, aunque estuviera dormida. Le contaba su día o su noche; le hacía preguntas, sin importarle que yo estuviera allí o que no pudiera responderle. A veces le retiraba algún mechón de pelo blanco de su cara o se lo recogía todo en una coleta, para que estuviera más cómoda. La de la noche no hacía nada de eso, quizá por la hora en la que entraba al cuarto. Solo comprobaba que todo estuviera en orden y después se marchaba, sin despedirse, cerrando la puerta con fuerza. Dejándome a mí dentro, sin poder dormir. Deseando que mi madre no despertara hasta el día siguiente, cuando empezaría de nuevo, otra jornada degenerativa y llena de sombras, como las de su cuarto. Luchando contra una enfermedad sin cura que le había podrido la mente.

“Pronto amanecerá” pensaba para consolarme. “Rosa vendrá enseguida, cuando le sirvan el desayuno a mi madre, o le cambien la ropa de cama”. Y yo me marcharía al chalet, a la casa en la que nunca viví, para cambiarme y volver a mi despacho en el Hospital, a seguir cerrando expedientes. Lo único que me permitían hacer tras llegar la denuncia que amenazaba con arrasar mi trabajo, mi terapia, lo único que me quedaba. Decenas de expedientes incompletos, de antiguos pacientes a los que vagamente recordaba. Nombres parecidos a los anteriores. Sin memoria, igual que mi madre. Perdidos, como lo estaba ella, pero recuperables. Solo tenía que obligarles a recoger sus juguetes, esparcidos por el suelo de la sala diáfana, el lugar en el que les atendía. Invitarles a colocarlos en su propia caja, pero en el orden correcto. En eso consistía todo. Una caja de juguetes vacía, como sus mentes.

III

—Es absurdo —dije levantando la voz, molesto, con la transcripción de la denuncia sobre la mesa.

—Claro que lo es —me contestó Julia.

—Así que se trata de eso: no es por mí. Daría igual si fuera una buena persona. Es por mi trabajo. Se trata de acabar con la terapia. ¿No pensarás que voy a prestarme a ello?

—Es que no te queda otra opción, Fidel.

—Me quedan muchas opciones —le dije enfadado al tiempo que me levantaba de mi asiento en la sala de reuniones del Departamento de Psiquiatría y abría, con fuerza, la puerta. Deseaba que me oyera todo el Hospital. La sala era pequeña, con dos archivadores, una mesa ovalada en el centro y sillas para el equipo. A Julia no pareció extrañarle mi reacción. Mi madre se apagaba. El Alzheimer había avanzado lo suficiente para prever un final inminente. Sabía las horas que pasaba allí, encerrado en su cuarto o en mi despacho, de la planta segunda, rellenando papeles. Llevaba un tiempo sin ejercer mi profesión, tras morir mi mujer y Víctor, mi paciente, la misma noche, con unos pocos minutos de diferencia. No me sentía preparado. Mi cabeza se había quedado en blanco, incapaz de avanzar sin ayuda. Aun así, no había pensado en dejar la psiquiatría, renunciar a mi trabajo, a mis investigaciones. Solo necesitaba tiempo. Tiempo para desbloquear mi mente.

—No lo hagas —dijo Julia.

—Pueden esperar sentados. No sabes de qué va esto, así que no...

—Esto va de una persona muerta, Fidel —me cortó Julia, malhumorada. Era la única que podía hablarme así—. Del suicidio de un paciente. Tu paciente. Va de una familia deshecha. Deja de decirme de qué va o no va esto y empieza a tomártelo en serio.

—¿Es una orden de mi Jefa de Departamento?

—El problema no es solo tuyo, así que ahórrate la ironía. Quería este puesto tanto como tú al renunciar a él.

Julia tenía razón. Yo mismo dejé el cargo tras morir Ana. No podía dirigir el Departamento, tomar decisiones, atender pacientes. Llevar una vida normal, como si nada hubiera cambiado. En una sola noche me habían arrancado de cuajo las entrañas: mi vida personal, la poca que me quedaba y la profesional. No se me ocurría otra forma de explicarlo. Por eso me fui. Me marché para olvidar y no sentirme culpable. Culpable con cada mirada de mis compañeros, con cada nuevo caso. La enfermedad de mi madre me sirvió para disfrazarlo mejor. Me quitaba de en medio por primera vez. “Será por poco tiempo” le dije a Julia con sinceridad. “Solo hasta que mi madre...” y luego me callé. Nada le dije entonces de los sudores fríos, del temblor de manos, de los fantasmas que habían regresado desde algún rincón de mi mente. Entre nosotros no hacían falta más explicaciones. “Tómate el tiempo que necesites” me había contestado. El dolor se quedaría dentro, acumulándose. Pero la noticia que Julia acababa de darme, excedía mis peores presagios.

—Celaya quiere verte en una hora. Tiene que preparar un informe para el Comité del próximo mes. Esto es serio, Fidel... ni se te ocurra faltar a la reunión.

Después se levantó, se alisó la bata del Hospital y abandonó la sala haciendo que sus zapatos resonaran fuerte sobre las baldosas. Tenía carácter para echar abajo los cimientos de todo el edificio. Mi orgullo estaba de más, en eso tenía razón.

No iba a ayudarme esta vez. Ella estaba de mi lado. Lo había estado siempre, desde el mismo día en el que nos conocimos en la Universidad. Entonces ya era una mujer segura, que no se dejaba amedrentar cuando luchaba por sus ideas. Ni siquiera a pesar de los comentarios que debía soportar: su aspecto poco femenino, los pantalones de hombre que le gustaba vestir, su carácter exigente y duro, poco dado a las bromas, al menos a las innecesarias. Me habría gustado confesarle alguna vez los sentimientos que despertaba en mí: admiración, amistad, cariño. Quizá amor, a pesar de nuestras circunstancias. En todos esos años, solo una vez nos permitimos cruzar la fina línea que parecía separarnos. Lo hicimos sin mediar palabras, mirándonos el uno al otro, sin acercarnos. Ella desde la puerta de mi cuarto. Yo junto a la cama, las manos entrelazadas con Ana, mi futura mujer, a la que acababa de conocer. Después yo me casaría y ella se alejó. No volvimos a mirarnos así. No quería pensar que fuera tarde para nosotros. No quería. Pero era la única amiga que me quedaba y estaba decidida a ayudarme.

La denuncia había llegado una semana antes a la dirección del Hospital. Los padres de Víctor la habían entregado en mano. Hasta ese momento nunca había perdido a un paciente. Algunos habían optado por abandonar el tratamiento antes de tiempo o no someterse al Proceso. No todos deseaban conocer más sobre las vidas que habían perdido, las razones que las afeaban. Pero Víctor... Víctor era distinto. También su novia, Elisa. Todavía no podía explicarme qué le llevó al suicidio. Estaba bien. Parecía estar bien. No había detectado en él señales de socorro, de ayuda. Quizá no la pidiera o yo estuviera distraído. Había pasado semanas enteras en la sala diáfana, donde les atendía, tras su muerte. Yendo y viniendo del cuarto de mi madre en el Hospital, hasta el chalet. Consultando mis notas, analizando todas las opciones posibles, sin llegar a ninguna conclusión. Ni

una sola pista que me devolviera algo de paz. Mi vida se había vuelto otra vez un auténtico infierno.

Los padres me hacían responsable de todo. No podía tenérselo en cuenta. Era su psiquiatra. El Proceso no había funcionado y tenían razón. Ni una sola vez habíamos conseguido una completa regresión. Víctor era reacio a la hipnosis. A que me colara en su cabeza e intentara descubrir las causas de su sufrimiento. No era eso lo que querían escuchar. “La terapia es el problema”, eso es lo que buscaban. Una confesión. Que reconociera mi fracaso. Alguien a quien culpar. Cómo explicarles que llevaba media vida dedicada a ese tratamiento. “Un método estrafalario, peligroso...” rezaba la denuncia. “... que pone en riesgo la vida de los pacientes”. Riesgo. Qué demonios sabrían ellos. Era el Proceso el que evitaba que lo hubiera. No tenía sentido que culparan mi método. Es que con su hijo no había seguido un método. No me avergonzaba proclamarlo en alto. Durante un año le había escuchado, intentando conocerle. Entender el motivo de su tristeza. Con el tiempo llegué a la conclusión de que no estaba enfermo. No de la forma en la que los padres lo veían. Solo necesitaba que le dejaran tranquilo. Vivir, dentro de esa misma tristeza.

La dirección del Hospital, tan pronto tuvo constancia de la denuncia, la puso en conocimiento de Julia, como responsable del Departamento. Podrían haberme avisado a mí directamente. No necesitaban a Julia para ese trabajo. Después le ordenaron mi suspensión inmediata, sin conocer los hechos, sin escucharme antes, y una “vista preliminar”. Así lo habían llamado. Querían conocer mi versión antes de tomar partido o mostrarme su apoyo. Ni una sola palabra afectiva. Horas más tarde sería consciente de mi soledad. Querían remover la mierda. No les bastaba con mis explicaciones sobre lo que hice o dejé de hacer. ¿Qué esperaban que dijera? Los errores y los aciertos formaban

parte de nuestra profesión. Perdíamos pacientes todos los días. Qué hacía este caso distinto. Yo era su Doctor estrella. Lo había sido durante mucho tiempo. El Proceso había atraído a cientos de nuevos pacientes. Más dinero para el Hospital. Más recursos. Mejores profesionales. Y ahora pedían una disculpa. Necesitaban escucharla en mis labios. Verme de rodillas. No era el orgullo lo que me movía. Estaba dispuesto a pedir perdón, pero no a la dirección del Hospital, al Comité Médico, a mis compañeros de profesión. Estaban tan endiosados como yo. Parecían esperarme. Quizá me lo hubiera ganado. Había creado el Proceso: una nueva forma de abordar las enfermedades mentales. Yo lo construí, sin su ayuda. Convertí en real lo que otros soñaron. Yo, el hijo del prensador de papel, del borracho, no ellos. No me sobraban amigos. Había discutido con la mayor parte de los médicos: por vagos, por conservadores, por cobardes. Parecía molestarles mi presencia en sus consultas, en sus quirófanos, durante sus diagnósticos. Seguían sin entender la necesidad de colaborar. La relación entre las enfermedades físicas y las psicológicas. La manera en que interactúan entre sí. Somos lo que pensamos y enfermamos como tal. Toda enfermedad tiene su origen en la mente: nuestra manera de afrontar las circunstancias que rodean la vida; la de relacionarnos con los demás; nuestros éxitos y fracasos; nuestros complejos.

Al entrar al despacho del Doctor Celaya, todos me sonrieron. Había estado allí cientos de veces, como Jefe del Departamento de Psiquiatría y también como amigo. Era de los pocos médicos al que le gustaba consultar los temas, buscar la manera de hacer un centro más efectivo, más humano. Además, era un buen Director: escuchaba las propuestas, las deficiencias del servicio, las posibles mejoras. Luego era el Comité Médico quien decidía dónde se invertía o se recortaba. No había en la reunión ningún “burócrata chupatintas”. Tampoco eran necesarios. Solo el Doctor Celaya, como Director del Hospital;

la Doctora Jara, Jefa de Cardiología y miembro del Comité Médico y el Doctor Márquez, Jefe de Trauma. Julia también estaba allí. No se lo habría perdido por nada del mundo.

—Tome asiento, Doctor Delgado —me dijo el Doctor Celaya. La mesa era rectangular, con todos los presentes al otro lado, a excepción de Julia—. Con su permiso hemos autorizado la presencia en esta reunión de la Directora de Psiquiatría, la Doctora Hernández, quien comparece en calidad de oyente, y de la responsable de Recursos Humanos, D.^a Concepción Benítez, quien tomará nota de todo cuanto aquí ocurra. ¿Tiene alguna objeción al respecto?

—¿Sobre el asunto que me trae hoy aquí o sobre la presencia de la Doctora Hernández y la Señora Benítez? —pregunté, intentando sonar molesto, lo que hizo que Julia se removiera en su asiento, justo detrás de mí. El Doctor Celaya no pareció dispuesto a responder a mi pregunta y, con un gesto de cabeza, pidió a Concha que cerrara la puerta del despacho, para empezar la reunión.

—Es mi deber informarle, Doctor Delgado, que esta reunión es meramente informativa. No estamos aquí para decidir sobre los hechos ni para juzgarlos. El Comité Médico nos ha solicitado un informe previo para fijar la posición del Hospital en todo este asunto. Antes de empezar, ¿tiene alguna objeción respecto a la composición de esta mesa?

—Contra la labor médica que desarrollan, ninguna —respondí—. Respecto a los motivos por los que forman parte de esta cacería, me reservo, de momento, mi opinión.

Sentía los músculos de la pierna tensarse bajo el pantalón. Me incomodaba estar allí, perdiendo el tiempo. Esperando una reprimenda que no creía merecer, como si fuera un niño pequeño. Yo no había matado a nadie, menos aún ayudado a que alguien se suicidara. Podía entender el dolor de unos padres, pero no la reacción del Hospital, poniendo en duda mi trabajo.

—Entonces debo entender, Doctor Delgado, más allá de sus opiniones personales, que no existe ninguna objeción a la composición de la mesa. Que conste en el escrito, señora Benítez.

Intervino la Doctora Jara. Hasta entonces nuestra relación había sido poco cordial, aunque intentábamos no coincidir. Aquel día supe que, para ella, la muerte de Víctor era un asunto personal.

—Buenas tardes, Doctor Delgado. Esta mesa ha tenido la oportunidad de conocer la denuncia presentada por los señores Sorando, padres de su paciente, D. Víctor Sorando de la Fuente. Hemos facilitado una copia a la Jefa de su Departamento, la Doctora Hernández, para que conociera su contenido. ¿Ha tenido oportunidad de leerla?

—He sido informado de su contenido esta misma mañana por la Doctora Hernández. Después la he leído tres veces. Me sorprende que ustedes hayan dispuesto de más tiempo que yo para su análisis —respondí, lo que provocó la mirada gélida de la Doctora Jara—. ¿Le parece tiempo suficiente? —concluí, sin esperar respuesta, dedicándole la misma mirada gélida recibida.

—Bien. Estamos convencidos de que tendrá la oportunidad de estudiarla en los próximos días, de cara a su declaración ante el Comité.

Volví a escuchar a Julia removerse en su asiento y carraspear, con la suficiente fuerza, para que se escuchara en todo el despacho. Parecía a punto de estallar.

—Debo por lo tanto entender que el Hospital ya ha tomado una decisión —respondí. ¿Doctor Celaya?

Que me dirigiera a él, ignorando a la Doctora Jara, pareció no gustarle demasiado. Pero Fiona no estaba dispuesta a soltarme tan fácilmente.

—A la vista de las graves acusaciones, el Hospital se ve obligado a reunir al Comité en una sesión especial y escuchar a las partes implicadas —intervino la Doctora Jara.

—¿Doctor Celaya? —insistí, ignorándola una vez más.

—Entiendo que ha comprendido perfecta...

—¡Santiago! —le dije elevando el tono de voz e interrumpiendo a la Doctora Jara. No necesitaba su opinión y tampoco me interesaba. Estaría tan viciada como su puesto en el Comité. Conocía su relación con la familia de Víctor. Fue ella quien los trajo al Hospital y recomendó a D. Carlos, mi mentor, el cuidado de su hijo, cuando todavía ejercía como Jefe del Departamento. Sentía dolor por su muerte. Podía verlo en sus ojos, observándome con desprecio. Culpándome de lo ocurrido.

Llamar a Celaya por su nombre de pila, pareció funcionar.

—No Fidel —me respondió, devolviéndome la cercanía—. Esta mesa no ha tomado ninguna decisión al respecto. No está claro que el Comité Médico requiera tu presencia ni tu declaración sobre las acusaciones vertidas, aunque ayudaría a aclarar este asunto.

—Eso no es del todo exacto —intervino la Doctora Jara. No parecía gustarle mi proximidad al Doctor Celaya. Quizá le creyera de mi lado. Eso solo demostraba lo poco que nos conocía. Si con alguien había mantenido una relación difícil durante los últimos años, era precisamente con él, desde que le nombraron Director del Hospital. El cargo le obligaba a volverse hipócrita. Lo suficiente para chocar con mi sinceridad o la de Julia. No servíamos para besarle el trasero a los miembros del Comité, ni a los grandes intereses que se movían detrás de la gestión del centro.

—Esto no tiene que ver con el Hospital —contesté. No temáis por vuestra reputación.

—Pues claro que tiene que ver con el Hospital, Doctor Delgado —me interrumpió esta vez la Doctora Jara.

Concha debía tener problemas para seguir el ritmo de la conversación. Llevábamos quince minutos allí sentados, y no habíamos sacado nada en claro, salvo la posición que ocupaba cada uno. Llegados a ese punto, había poco o nada que me apeteciera hacer o decir para justificarme. Ese quizá fuera mi peor error. No tenía intención de convencerles de que mi actuación, desde el punto de vista médico, fue correcta. Me costaba dar explicaciones. Parecía contemplar las cosas desde arriba, lejanas, pequeñas. Las muertes de Víctor y mi esposa, habían arrasado con todo. Solo me quedaba mi trabajo. No quería estar allí, sintiéndome como un criminal.

—Con sus decisiones, nos ha puesto usted en una situación delicada. Al borde de una demanda, que sin duda afectará al prestigio de este centro.

—¿Mis decisiones? —contesté—. ¿Podría decirme, como experta en psiquiatría, a qué tipo de decisiones se refiere?

—Creo que están bastante claras.

—Eso es del todo innecesario —escuché comentar a Julia, a mi lado. “La misma Julia beligerante de siempre” pensé sonriendo. A la cabeza me vinieron sus discusiones con Felipe, nuestro amigo en la Universidad. Seguía siendo esa chica inconformista que llamó mi atención, incapaz de permanecer callada ante las injusticias. Debía sentirse tan frustrada como yo con todo este asunto. No es que no lo mereciera. Víctor se había suicidado. Había motivos más que suficientes para pedirme explicaciones. Lo que no entendía era el partidismo en un asunto tan delicado.

—Le recuerdo, Doctora Hernández, que está aquí en calidad de oyente —le recordó el Doctor Celaya.

—Como Jefa del Departamento de Psiquiatría, no voy a consentir que se falte el respeto al Doctor Delgado, menos aún a su labor. Me duele comprobar que los miembros de esta mesa, en especial la Doctora Jara, hayan tomado partido por los demandantes, sin haber escuchado siquiera nuestra opinión.

—Si las partes me lo permiten —intervino por primera vez el Doctor Márquez—. Estoy seguro de que el Doctor Delgado conoce perfectamente el motivo por el que nos encontramos aquí y que llevará a cabo su declaración, si así lo decide el Comité Médico. Mientras tanto, Fiona —le dijo a la Doctora Jara, con la que mantenía una buena relación —, creo que sería conveniente que todos rebajáramos el tono en nuestras afirmaciones. Efectivamente, Doctor Delgado, ninguno de los que estamos aquí lo hacemos en calidad de jueces. No tenemos poderes ni potestad para solicitar su declaración o para sancionarle por sus actos, si se demostraran ciertos. Somos tan oyentes como la propia Doctora Hernández. Pero el Comité Médico, al que estoy seguro que respeta, nos ha pedido una valoración previa, de cara a adoptar, si fuera necesario, las medidas oportunas para salvaguardar el buen nombre de la institución.

—No tengo intención de causar perjuicio alguno al Hospital al que he dedicado mi vida.

—Con un excelente resultando que no debe inmiscuirse en este asunto —intervino el Doctor Celaya, dejando a la luz su imparcialidad, más allá de otras consideraciones. Mientras no demostraran lo contrario, no tenían derecho a cuestionar mi labor. Sin embargo, había algo oscuro en la actitud de la Doctora Jara. Algo que no alcanzaba a comprender, más allá de su amistad con la familia. Ella también era Doctora. Sabía la imposibilidad de acertar siempre. Parecía conocer más que el resto de todo el asunto. Solo esperaba su oportunidad para destruirme. Semanas después lo intentaría, durante la reunión

del Comité Médico, a la que me vi obligado a asistir, en presencia de todos sus miembros, de los padres de Víctor, de Julia, de Jesús, el abogado que contrataría para salvaguardar mis derechos y el resto del personal del Hospital, a los que se permitió, en contra de mi criterio, asistir a la vista.

—Pocas personas han contribuido más al prestigio de este Hospital que el Doctor Delgado —comentó Julia, a la que la llamada de atención de la Doctora Jara pareció importarle poco.

En ese momento intervino el Doctor Celaya, quien parecía dispuesto a mediar y buscar una solución que satisficiera a todos.

—Fidel —me dijo. Te agradecería que nos dieras una opinión sobre todo esto. Sería conveniente conocerla para saber cómo actuar.

—Podrían estar en lo cierto —contesté, convencido de no mentir. Ni yo mismo era capaz de saberlo.

—¿Podría ser algo más específico? ¿Más técnico? —me preguntó el Doctor Márquez, sorprendido por mi valoración.

—La muerte de Víctor fue un hecho terrible. Una desgracia. Y sí, me siento responsable por ella.

Mi comentario pareció cargar de razón a la Doctora Jara, que se acomodó en su asiento y miró de soslayo a Concha, para confirmar que había tomado nota de mi declaración.

—Eso es tanto como reconocer su negligencia médica.

—Si quiere llamarlo así, adelante —le dije a la Doctora Jara.

—¿Es consciente de lo que implica tal afirmación?

—Soy consciente de que, como psiquiatra, no fui capaz de anticipar ni prever el suicidio de un paciente.

—Y, por lo tanto, su tratamiento contribuyó al empeoramiento de su enfermedad.

—No. No es correcto. El tratamiento no resultó eficaz. No tengo duda de ello.

—Creo que está claro, entonces, que el Doctor Delgado reconoce los hechos de los que se le acusan y que el informe de esta mesa debe girar en torno a esa opinión. No creo que...

—Perdone que le interrumpa, Doctora Jara, pero yo no he escuchado al Doctor Delgado reconocer que su tratamiento fuera la consecuencia directa de la muerte del paciente —intervino el Doctor Celaya.

—Correcto —escuché de nuevo a Julia, a la que seguramente le estaría costando permanecer callada. Empezaba a sentir asco por todo aquello. Las neuronas de mi madre se consumían a cada minuto, con cada uno de sus viajes al pasado, dos plantas por debajo de nosotros. En la carretera, cerca del parque de la Dehesa, continuarían las huellas de los neumáticos, que la lluvia no habría conseguido borrar. Una nariz de payaso, derretida, a pocos metros del cuerpo de Ana. Un muchacho, Víctor, saltando al vacío desde su apartamento. Yo, intentando recomponer mis recuerdos cada mañana, a primera hora. Tantas personas muriendo a cada instante, en sus camas, enfermos, asesinados, pasto de las llamas, ahogados en el mar, en una piscina, atropellados, de manera fortuita. Tantas vidas despidiéndose. Solo deseaba salir de allí. Marcharme a casa, lejos de sus ojos escrutándome, de su aliento.

—Preferiría que fuera el Doctor Delgado el que manifestara si estoy en lo cierto —insistió Santiago.

—Señores, si me disculpan, me gustaría dar por terminada esta reunión —dije, intentando disimular la arcada que avanzaba, libre de obstáculos, desde mi estómago a la garganta.

—Entendemos que estés cansado, Fidel... tus circunstancias —dijo el Doctor Celaya, a modo de disculpa—. Conocemos el delicado estado de salud de tu madre. La tragedia de...

—Es necesario que esta mesa disponga de los elementos suficientes para emitir el informe, Doctor Delgado. No es nuestra intención importunarlo más de lo necesario —comentó la Doctora Jara. Parecía relamerse con mi incomodidad.

—Estoy asqueado, Santiago. De esta reunión, de vosotros, del Hospital, de mí mismo. No, no me he vuelto loco. Renuncié al cargo como Jefe del Departamento para descansar. Dedicarme a mi madre. Creo que lo merecía.

—Fidel, no es necesario que...

—Sí, sí que lo es. He pasado más de veinte años aquí... ya habéis decidido en realidad. Me habéis suspendido en cualquier caso. Imposibilitado para ejercer mi profesión, quisiera o no hacerlo. Pero la Doctora Jara tiene razón en plantear sus dudas y yo... yo no haría honor a mi condición de médico, si no me presentara ante el Comité para explicar los motivos de mi actuación y reconocer, llegado el caso, mi culpa.

—Te ruego Fidel que pienses bien lo que deseas hacer —me dijo Santiago.

Agradecí su gesto con un movimiento de cabeza.

—Coge unos días de descanso. Echa un vistazo a tus notas. Consulta a un abogado. Lo que creas oportuno. No pongas tu carrera y tu nombre en riesgo. Nadie te está pidiendo que cargues con esto.

—Es lo menos que un médico puede hacer —intervino la Doctora Jara.

—Joder, Fiona. ¿Es que a ti no se te ha muerto ningún paciente? —le preguntó el Doctor Márquez, con un tono de reproche amistoso.

—Por supuesto que se han muerto, pero ni me sentí responsable ni ayudé a que se produjera.

—Esto es lo último que me quedaba por escuchar —dijo Julia, esta vez sin disimular su indignación.

—Por favor, Julia. No es necesario, de verdad. Ahora no —le dije, intentando detenerla.

—No he escuchado más que acusaciones y desprecios de la Doctora Jara. No creo en su imparcialidad para formar parte de esta reunión.

—Eso no es asunto tuyo, Julia.

—Mira, Fiona, ya está bien. ¿Acaso piensas que...

—Es suficiente —dije al tiempo que me levantaba. Me sentía mareado y con pocas ganas de hablar—. Tal y como he comentado hace un minuto, llevaré a cabo mi declaración tan pronto lo decida el Comité.

—¿Es ese tu deseo, Fidel? —me preguntó el Doctor Celaya.

—Lo es. Y nada de lo que discutamos aquí me hará cambiar de opinión. Me he ganado el derecho a decidir.

—Conforme. Entonces que conste en acta que el Doctor Delgado se presentará voluntariamente ante los miembros del Comité Médico, tan pronto se decida en la próxima reunión, que tendrá lugar dentro de dos semanas. Se te notificará con tiempo, Fidel. Mientras tanto, espero que tu madre mejore, dentro de las circunstancias.

—¿Y qué hay del informe? —preguntó la Doctora Jara.

—No lo habrá. No tiene sentido adoptar una posición cuando el propio Doctor Delgado ha decidido comparecer ante el Comité para aclarar cuanto sea necesario.

—Deberíamos pronunciarnos al respecto. En otro caso...

—No lo haré, Fiona. Ya conoces mi opinión, y espero que el Doctor Márquez esté también de acuerdo. En ningún caso, repito, en ningún caso, contarás con mi aprobación para presentar al Comité una confesión de culpabilidad del Doctor Delgado, por lo ocurrido hoy aquí.

—¿Es tu última palabra, Santiago? —preguntó la Doctora Jara, visiblemente molesta con la actitud del Director.

—Lo es.

—Gracias por su comparecencia, Doctor Delgado —escuché al Doctor Márquez, al tiempo que abría la puerta del despacho y me marchaba por el pasillo de la planta. Ni siquiera me volví para comprobar si Julia había salido también.

IV

Mi madre siempre buscó el enfrentamiento entre nosotros. Mis hermanos y yo. No puedo asegurar que lo hiciera a propósito, probablemente era así. Nunca tuvo nada, más allá de su trabajo en la pensión y a sus hijos. Aprendió entre cuatro hermanos, todos chicos, que no se lo pusieron fácil. Desgraciadamente, terminó logrando su objetivo.

Habíamos llegado de la escuela pasadas las cinco. Mi hermano Chema delante, con sus piernas largas y finas que le hacían correr como el viento. Solo tenía que acelerar el paso para dejarme atrás. Le molestaba que alguien pudiera verle junto a su hermano pequeño, cuidándome, aunque tampoco se atrevía a perderme de vista por completo. Nuestra madre se lo habría hecho pagar. “Y tú con tu hermano, José María” era su frase de despedida, cuando terminábamos el desayuno en el comedor común, antes de salir de casa. Entonces íbamos y volvíamos andando de la escuela: Chema, Rosa y yo. Papá trabajaba de noche en la fábrica de papel y, durante el día, dormía o paseaba por el monte cercano a nuestra casa. Y mi madre se encargaba de todo lo demás: de la pensión, de los huéspedes, de la comida, de la limpieza. No había tiempo para dedicarnos más atención, así que Chema y Rosa, tres años mayores, debían cuidar de mí. Durante algún tiempo fue así. Rosa, más protectora, aunque sin carácter y con un aire frágil y enfermizo que le hacía pasar desapercibida. Y Chema, ejerciendo de hermano mayor, con la mano tan suelta como la de nuestra madre y una repetitiva tendencia a desahogar sus frustraciones conmigo.